

JUEGO LIBRE Y DESARROLLO PSICOSOCIAL EN EDUCACIÓN INICIAL

FREE PLAY AND PSYCHOSOCIAL DEVELOPMENT IN EARLY CHILDHOOD EDUCATION

**Trabajo de Investigación para optar al
Grado Académico de Bachiller en Educación**

Autoras

Yosali Lurfia Bazan Lozano
<https://orcid.org/0000-0002-6038-2245>

Vanessa Pariaton Garcia
<https://orcid.org/0009-0002-5128-4819>

Eddy Carina Ninanya Yaurivilca
<https://orcid.org/0000-0002-6836-4121>

Sheryl Lizeth Gonzales Tintaya
<https://orcid.org/0009-0008-1008-4400>

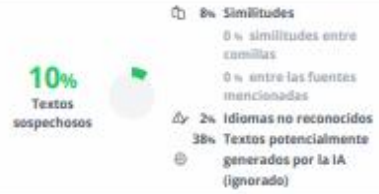
Asesora

Nilda Jeannette Gálvez Varas
<https://orcid.org/0009-0000-3897-0289>

**Lima-Perú
2026**

MONOGRAFÍA

FINAL_Gonzales_Lozano_Ninanya_Par iaton



Nombre del documento: MONOGRAFÍA
FINAL_Gonzales_Lozano_Ninanya_Paraton.docx
ID del documento: 95081836c8d8a10f0b0b39f58d7318bb5d23e172
Tamaño del documento original: 1,64 MB

Depositante: Nikla Jeannette GALVEZ VARAS
Fecha de depósito: 21/1/2026
Tipo de carga: interface
Fecha de fin de análisis: 21/1/2026

Número de palabras: 12.009
Número de caracteres: 81.141

Ubicación de las similitudes en el documento:



Fuentes de similitudes

Fuentes principales detectadas

Nº	Descripciones	Similitudes	Ubicaciones	Datos adicionales
1	Library.co Aspectos para implementar exitosamente la hora del juego libre en L... 8 fuentes similares	4%		Palabras idénticas: 4% (530 palabras)
2	repositorio.untumbes.edu.pe Materias para el juego libre en los sectores del ... 4 fuentes similares	4%		Palabras idénticas: 4% (505 palabras)
3	dialnet.unirioja.es Rol de los padres en el desarrollo psico-social de niños de 1 a... 1 fuente similar	2%		Palabras idénticas: 2% (252 palabras)
4	Documento de otro usuario Viene de otro grupo	1%		Palabras idénticas: 1% (159 palabras)
5	culturacentifica.com El entorno cultural de niños y niñas influye en el desarroll...	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (55 palabras)

DEDICATORIA

A mis hijos, Dariane y Darién, y a mi esposo, por su amor y comprensión. Han sido un recordatorio cotidiano del valor de la educación con sentido humano.

Yosali Lurfia Bazan Lozano

A mis hijos, Clauss y Dana, y a mi madre, por darme la oportunidad de volver a confiar en mí; por su amor, apoyo y paciencia.

Vanessa Pariaton Garcia

Quiero dedicar este trabajo a Dios, que me ha dado la vida y la fortaleza para culminar este trabajo. También, a mi madre y a mi familia, por su apoyo incondicional y la oportunidad de crecer profesionalmente.

Eddy Carina Ninanya Yaurivilca

Quiero dedicar el presente trabajo a Dios, por permitirme realizar mis proyectos. También, a mi esposo e hijo, por impulsarme y darme la fortaleza para seguir.

Sheryl Lizeth Gonzales Tintaya

RESUMEN

El presente trabajo investiga la relación entre el juego libre y el desarrollo psicosocial en la etapa de educación inicial, conceptualizando el juego no como una actividad recreativa secundaria, sino como un proceso esencial para el desarrollo de competencias emocionales, sociales y cognitivas en la primera infancia. Desde perspectivas pedagógicas y socioconstructivistas, se analiza cómo el juego no estructurado promueve la regulación emocional, la empatía, la resolución de conflictos, la toma de perspectiva y la construcción de vínculos. La investigación recopila artículos, tesis y revistas científicas, con el fin de integrar aportes de la psicopedagogía y la educación que sustentan el papel relevante y la influencia del juego libre en el desarrollo psicosocial de los niños, y que expliquen la necesidad de espacios autónomos de juego en entornos educativos formales. Se concluye que es indispensable valorar y fomentar el juego libre desde las políticas educativas, la práctica docente y el rol de las familias, reconociendo esta actividad como un pilar en la creación de entornos de aprendizaje respetuosos y fundamentados en la neuroeducación. Esta aproximación pedagógica anima a los educadores a replantear el currículo, dando prioridad al juego como instrumento de cambio social y emocional, con capacidad para disminuir desigualdades y cultivar sociedades más empáticas. En esa medida, impulsar el juego libre en el aula a través de espacios ricos en materiales variados, periodos libres de distracciones y una observación pedagógica no intrusiva que valore la autonomía infantil no solo honra los derechos del niño según marcos éticos, sino que también fortalece su crecimiento integral desde una perspectiva respaldada por evidencia científica.

Palabras clave: juego libre; desarrollo psicosocial; educación inicial.

ABSTRACT

This study investigates the relationship between free play and psychosocial development in early childhood education, conceptualizing play not as a secondary recreational activity, but as an essential process for the development of emotional, social, and cognitive skills in early childhood. From pedagogical and socioconstructivist perspectives, it analyzes how unstructured play promotes emotional regulation, empathy, conflict resolution, perspective-taking, and bond-building. The research compiles articles, theses, and scientific journals in order to integrate contributions from psychopedagogy and education that support the relevant role and influence of free play in children's psychosocial development and explain the need for autonomous play spaces in formal educational settings. It concludes that it is essential to value and encourage free play in educational policies, teaching practice, and the role of families, recognizing this activity as a pillar in the creation of respectful learning environments based on neuroeducation. This pedagogical approach encourages educators to rethink the curriculum, giving priority to play as an instrument of social and emotional change, with the capacity to reduce inequalities and cultivate more empathetic societies. To that extent, promoting free play in the classroom through spaces rich in varied materials, distraction-free periods, and non-intrusive pedagogical observation that values children's autonomy not only honors children's rights according to ethical frameworks, but also strengthens their comprehensive growth from a perspective supported by scientific evidence.

Keywords: free play; psychosocial development; early childhood education.

ÍNDICE

DEDICATORIA	iii
RESUMEN.....	iv
ABSTRACT	v
ÍNDICE	vi
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I: EL JUEGO LIBRE EN LA EDUCACIÓN INICIAL	10
1.1. Definición del juego libre	10
1.2. Juego libre en el desarrollo socioemocional	13
1.3. Tipos de juego libre	14
1.4. El juego libre en sectores.....	15
1.4.1. Sector de construcción	18
1.4.2. Sector hogar	18
1.4.3. Sector de dramatización	19
1.4.4. Sector biblioteca.....	19
1.5. Importancia del juego libre.....	20
CAPÍTULO II: EL DESARROLLO PSICOSOCIAL EN NIÑOS EN LA PRIMERA INFANCIA Y LA INFLUENCIA DEL JUEGO LIBRE.....	23
2.1. Definición del desarrollo psicosocial.....	23
2.2. Importancia del desarrollo psicosocial en la primera infancia	24
2.3. Factores que influyen en el desarrollo psicosocial en la primera infancia	26
2.4. Influencia de la familia en el desarrollo psicosocial.....	28
2.5. Desarrollo psicosocial a través del juego.....	29
2.6. Rol del docente en el desarrollo psicosocial a través del juego libre	32
CONCLUSIONES	35
REFERENCIAS	36

INTRODUCCIÓN

El juego libre es un componente esencial en la educación inicial, pues fortalece y promueve un adecuado desarrollo psicosocial en los niños. Erikson (1963) señala que los niños atraviesan etapas en las que consolidan su confianza, su iniciativa y su autonomía. Cuando el entorno ofrece oportunidades de juego libre, las capacidades psicosociales se fortalecen de forma natural. Por ejemplo, cuando un niño toma decisiones en el juego, experimenta logros o enfrenta desafíos, y va formando una imagen positiva de sí mismo.

El desarrollo psicosocial durante la primera infancia es esencial para que los niños formen su identidad personal, su capacidad de regular emociones y sus habilidades para relacionarse con otros. En este contexto, el juego libre se destaca como una herramienta invaluable que permite a los niños explorar, experimentar y dar sentido a su mundo de forma autónoma y espontánea. Desde una visión evolutiva, Vygotsky (1978) ya explicaba que el juego no solo refleja el progreso infantil, sino que también lo acelera, al generar zonas de desarrollo próximo en las que el niño practica roles sociales, controla sus impulsos y acuerda reglas con sus compañeros.

Sin embargo, se ha observado una reducción progresiva del tiempo destinado al juego libre en las instituciones educativas del nivel inicial. Así lo demuestran los datos del Sistema de Información y Gestión del Ministerio de Educación (2022), que señala que el 54 % de los centros educativos del nivel inicial dedican menos del 25 % del tiempo escolar al juego libre, priorizando actividades académicas y tareas estructuradas, lo que afectaría directamente el desarrollo integral de los niños.

Así también, un estudio emitido por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (2020) sobre las condiciones de los niños en el Perú, especialmente en contextos de pobreza, confirma que, en las zonas rurales y urbano marginales del Perú, el 72 % de los niños tiene poco acceso a áreas seguras y estimulantes para el juego libre en sus instituciones, lo que impacta directamente en su desarrollo emocional y social. Como se expone, el acceso al juego libre no siempre está garantizado.

La Organización Panamericana de la Salud (2023) reveló que solo algunos países latinoamericanos alcanzan los estándares de desarrollo adecuado en salud, aprendizaje y bienestar psicosocial para menores de cinco años. De hecho, el Instituto Nacional de Estadística e Informática (2019) mostró que los indicadores de interacción y comunicación verbal varían según el género y la región, evidenciando desigualdades que impactan directamente en el desarrollo psicosocial. Estas cifras revelan una necesidad urgente: garantizar espacios donde los niños interactúen de forma segura, expresen sus emociones y desarrollen vínculos afectivos positivos.

Este escenario refleja una problemática real sobre la desconexión de las necesidades reales que promueven el desarrollo psicosocial a través del juego y las prácticas pedagógicas. Por ello, es necesario revalorar el juego libre y la función que este cumple en el ámbito educativo. Los beneficios que su implementación puede generar son diversos; por ejemplo, en una investigación realizada por la Fundación Universitaria María Cano en Colombia (2021), se concluyó que los niños que juegan libremente al menos una hora diaria desarrollan un 25 % más sus habilidades sociales.

Por otro lado, en un estudio publicado por la Universidad de Cambridge (2021) se concluyó que los niños que participan regularmente en actividades de juego libre demuestran un 30 % más de habilidades para regular sus emociones frente a situaciones de frustración o conflicto.

Asimismo, estudios de la Organización Mundial de la Salud (2021) y la Academia Americana de Pediatría (2019) confirman que el juego libre contribuye significativamente al desarrollo de habilidades como la empatía, la cooperación, la toma de decisiones y la regulación emocional, características importantes que contribuyen al adecuado desarrollo psicosocial en los niños menores de seis años de edad.

En resumen, la presente monografía abordará el vínculo entre el juego libre y su trascendental aporte al desarrollo psicosocial de los niños en los primeros años de vida en el contexto de la educación inicial. Se propone destacar su valor no solo como una actividad recreativa, sino como un proceso formativo inherente al crecimiento humano, que debe ser protegido, promovido y potenciado desde las políticas educativas, las prácticas pedagógicas y el compromiso de las familias y la sociedad en su conjunto.

Por esa razón, se plantea como objetivo general identificar de qué manera el juego libre favorece el desarrollo psicosocial en niños del nivel inicial. Asimismo, se consideran los siguientes objetivos específicos:

- Describir la importancia del juego libre en el nivel inicial.
- Conceptualizar el desarrollo de habilidades psicosociales en la primera infancia.
- Fundamentar la relación del juego libre y el desarrollo de las habilidades psicosociales en niños de educación inicial.

CAPÍTULO I: EL JUEGO LIBRE EN LA EDUCACIÓN INICIAL

El juego es una actividad humana fundamental que trasciende la infancia y se expresa de diversas maneras, desde los deportes y los juegos de mesa hasta los videojuegos y las interacciones sociales informales. Se trata de una práctica culturalmente construida que otorga significado, identidad y sentido de pertenencia, y que se caracteriza por su naturaleza voluntaria, reglamentada y placentera (Crawford, 2020). En este sentido, el juego no constituye únicamente una forma de entretenimiento, sino una expresión esencial de la condición humana, un espacio simbólico en el que se construyen identidades, se fortalecen los vínculos sociales y se experimenta el entorno con sentido, libertad y significado.

1.1. Definición del juego libre

El juego es una actividad natural e inherente al desarrollo infantil; al trasladarse al contexto educativo, adquiere un rol fundamental, especialmente cuando se promueve el juego libre en el nivel inicial. López (2020) define el juego libre como una práctica pedagógica no estructurada en la que los niños de 3 a 6 años desarrollan su creatividad y lenguaje mediante actividades lúdicas autodirigidas. Estos espacios de juego libre les permiten expresar ideas, resolver problemas y comunicarse sin restricciones adultas que limiten su exploración natural.

Lejos de ser una simple actividad recreativa, el juego libre es reconocido como un proceso esencial para el aprendizaje significativo en la primera infancia. Según la Organización Mundial para la Educación Preescolar (OMEP, 2021), el juego libre constituye una forma de aprendizaje basada en la iniciativa infantil, en la cual los niños exploran activamente su mundo a través de experiencias lúdicas autónomas, y es considerado el método más efectivo y natural para la construcción del conocimiento en la primera infancia.

Desde una perspectiva pedagógica que valora la autonomía infantil, el juego es comprendido no como ocio, sino como un proceso fundamental de aprendizaje y desarrollo. Montessori (2012) sostiene que el juego no debe entenderse como una simple distracción, sino como el trabajo serio y natural del niño, que contribuye directamente a su desarrollo físico, cognitivo y emocional. Cuando el niño manipula objetos, explora y se concentra en una actividad libremente elegida, se encuentra aprendiendo de manera activa. En este contexto, el rol del adulto consiste en observar, acompañar y preparar el ambiente; no debe dirigir el juego, sino permitir que el niño explore, se equivoque y aprenda por sí mismo.

Siguiendo los principios de una pedagogía respetuosa del desarrollo infantil, el juego no debe ser una actividad dirigida por el adulto, sino un espacio de libertad en el que el niño aprende de forma autónoma. Pikler (2002) enfatiza que el juego no es para enseñar, sino para aprender, ya que a través de él el niño experimenta la relación causa-efecto, pone a prueba sus capacidades físicas y cognitivas y construye conocimiento desde su propia experiencia. La autora defendía que el juego debía ser libremente elegido por el niño, sin interferencias ni imposiciones adultas. Esta libertad le permite descubrir su entorno a su propio ritmo, desarrollar la atención, la concentración y la creatividad, así como fortalecer la confianza en sí mismo.

Asimismo, Pikler (2002) sostiene que el desarrollo motor no debe ser dirigido ni acelerado por el adulto. Cuando el niño puede moverse libremente desde edades tempranas —sin ser sentado, levantado o colocado en posturas que no logra por sí mismo— surge el juego espontáneo y autónomo. De este modo, el juego y el movimiento se encuentran estrechamente vinculados, ya que el niño explora su cuerpo y el espacio a través de la actividad lúdica.

Desde la psicología del desarrollo, Piaget (1962) considera el juego libre como una manifestación central del pensamiento infantil en construcción, por lo que destaca su carácter fundamental en el desarrollo cognitivo del niño, al permitirle asimilar la realidad y actuar sobre ella de manera simbólica. Asimismo, el autor subraya la importancia del juego en el desarrollo cognitivo y socioemocional, al concebirlo como un proceso lúdico relacionado con la construcción de la realidad y del pensamiento infantil. En particular, sostenía que el juego posibilita a los niños asimilar y acomodar la realidad a partir de sus propias experiencias y fantasías.

El Ministerio de Educación del Perú (Minedu) ha posicionado el juego libre como un eje fundamental en la atención a la primera infancia, reconociéndolo no como un momento de recreo, sino como un derecho y una estrategia de aprendizaje significativo, tal como se establece en el Currículo Nacional de Educación Básica (Minedu, 2017). En dicho documento se señala que el juego libre es una actividad espontánea, autónoma y motivada por el interés del niño, esencial para el desarrollo de la creatividad, la imaginación, el pensamiento simbólico, las habilidades sociales y la regulación emocional. En este marco, el rol del docente es crear un ambiente seguro y estimulante, así como acompañar sin dirigir. Por ello, el Minedu recomienda que al menos el 70 % del tiempo escolar en educación inicial se destine a actividades lúdicas, especialmente al juego libre y guiado, en espacios organizados y con materiales diversos.

De igual manera, en la Guía para el acompañamiento pedagógico en la educación inicial (Minedu, 2020) se señala que el juego libre es un derecho y una estrategia pedagógica fundamental, y no un simple momento de recreo o descanso. Además, se destaca que no solo favorece el desarrollo cognitivo, sino también el físico y socioemocional, ya que a través del juego los niños aprenden a esperar turnos, negociar, expresar emociones, cooperar y regular sus impulsos.

En síntesis, el juego libre no constituye un intervalo dentro de la jornada escolar, sino un espacio privilegiado para promover y construir el aprendizaje en la primera infancia. A través del juego autónomo, espontáneo y significativo, el niño construye conocimiento, desarrolla su pensamiento simbólico, regula sus emociones, explora su entorno y se reconoce como sujeto activo de su propio aprendizaje. Lejos de ser una actividad secundaria, el juego libre es un derecho pedagógico y un acto político que reconoce al niño como un ser pensante, creativo y capaz. Por ello, la labor del educador no es dirigir el juego, sino acompañarlo con respeto, observar con intención y crear entornos que lo hagan posible. Al ponerlo en práctica, no solo se cumple con el currículo, sino con la esencia misma de la educación: acompañar al niño en su proceso de desarrollo y aprendizaje.

1.2. Juego libre en el desarrollo socioemocional

El juego es un derecho de todos los niños, especialmente durante la primera infancia. En los primeros cinco años de vida, los niños atraviesan una etapa crucial en la que participan intensamente en la construcción de su identidad. Durante este proceso, buscan afirmarse como individuos únicos y diferentes de los demás, al mismo tiempo que se adaptan a la vida familiar y a entornos educativos como guarderías, jardines de infancia o centros preescolares.

Esta etapa, además, resulta compleja y representa un desafío significativo. El juego libre funciona como un canal emocional que les permite exteriorizar sus sentimientos de manera segura y sin restricciones. A través del juego simbólico y la asunción de roles, los niños procesan situaciones desafiantes o tensas en un espacio ficticio, lo que les brinda la oportunidad de reconocer, regular y expresar sus emociones, así como de decidir el rumbo que toma la actividad lúdica.

Como señala Aucouturier (2004), los niños necesitan sentirse empoderados y experimentar un sentido de dominio sobre el mundo para afirmar su individualidad y explorar su entorno. Esto se manifiesta a través de sus impulsos motores y de la dinámica de sus fantasías de acción. La adquisición, la destrucción y la repetición constituyen expresiones de su manera de ser, pero también representan el inicio de procesos de pérdida, reconstrucción, invención y creación.

Cada niño posee un potencial dinámico que debe ser aceptado y desarrollado en condiciones favorables para facilitar su crecimiento integral. Es en esta etapa cuando comienzan a desplegar sus habilidades y capacidades, a explorar y expresar sus emociones y a afirmarse como sujetos únicos.

Al participar en el juego libre, los niños tienen la oportunidad de practicar habilidades sociales y emocionales esenciales. Establecen vínculos, construyen relaciones, resuelven conflictos, aprenden a respetar turnos y reglas, desarrollan la empatía, la amabilidad y el trabajo en equipo para alcanzar objetivos comunes. Estas competencias resultan fundamentales para una convivencia armónica dentro del grupo (UNICEF, 2018).

Durante el juego libre, los niños dialogan entre sí, convirtiendo la actividad lúdica en una oportunidad privilegiada para el uso del lenguaje verbal y no verbal. En este contexto,

el lenguaje convencional se emplea para expresar ideas, negociar, resolver problemas y ajustar las acciones necesarias para continuar jugando.

1.3. Tipos de juego libre

El juego es una actividad fundamental en la primera infancia, mediante la cual los niños construyen conocimientos, desarrollan habilidades y se relacionan con el mundo que los rodea. El Ministerio de Educación del Perú (Minedu, 2017), en el Programa Curricular de Educación Inicial, reconoce la existencia de diversas clasificaciones del juego infantil, cada una orientada a estimular áreas específicas del desarrollo. Comprender estas categorías permite a los docentes identificar las competencias que se fortalecen en cada experiencia lúdica y acompañar al niño con mayor intencionalidad pedagógica.

Uno de los tipos de juego más evidentes en los primeros años es el juego motor, el cual se centra en el movimiento y la experimentación corporal. A través de acciones como correr, saltar en un pie, columpiarse, lanzar una pelota o empujar, los niños exploran sus capacidades físicas y buscan dominar su psicomotricidad. Esta etapa se caracteriza por una elevada energía y una necesidad natural de movimiento, por lo que resulta fundamental ofrecer espacios amplios, preferentemente al aire libre, que favorezcan la libre expresión corporal. La incorporación de elementos como rampas, túneles naturales, escaleras o pequeños obstáculos enriquece la experiencia lúdica y desafía positivamente la coordinación, el equilibrio y la fuerza. Este tipo de juego no solo fortalece el dominio corporal, sino que también contribuye al desarrollo de la confianza, la autonomía y la regulación sensoriomotriz (Minedu, 2017).

De manera paralela, el juego cognitivo estimula la curiosidad intelectual y promueve el pensamiento activo. Se inicia con los primeros contactos del niño con los objetos del entorno, cuando los manipula y explora, y evoluciona hacia actividades que implican la resolución de problemas. Construir una torre con cubos, alcanzar un objeto con un palo, completar rompecabezas, jugar al dominó o a la memoria, o resolver adivinanzas son ejemplos de situaciones en las que el niño pone en funcionamiento su inteligencia práctica. En este tipo de juego, el niño no solo manipula, sino que también planifica, anticipa, ensaya y ajusta estrategias. El error no se concibe como un fracaso, sino como una oportunidad de

aprendizaje, favoreciendo el desarrollo de la atención, la memoria y el razonamiento lógico (Minedu, 2017).

El juego social se caracteriza por la interacción con otras personas, siendo el vínculo humano el eje central de la experiencia. Desde los primeros meses de vida, los bebés juegan con las expresiones faciales de sus cuidadores, imitan sonidos o disfrutan de juegos como el escondite. Con el tiempo, estas interacciones se vuelven más complejas y los niños aprenden a turnarse, compartir, cooperar y respetar reglas. Actividades como las dramatizaciones grupales, los juegos por turnos o los gestos afectivos fomentan la empatía, la comunicación verbal y no verbal, así como el sentido de pertenencia. A través del juego social, el niño aprende a regular sus emociones, negociar conflictos y construir relaciones basadas en la confianza, la afectividad y el respeto mutuo (Minedu, 2017).

Finalmente, el juego simbólico, también denominado juego de simulación o de roles, representa un hito evolutivo fundamental, ya que integra pensamiento, creatividad e interacción social. En este tipo de juego, el niño utiliza objetos, acciones o personas para representar realidades distintas a las que son: un objeto puede transformarse en otro y los niños pueden asumir roles imaginarios. Para ello, es necesario que el niño distinga entre lo real y lo imaginario y comparta este acuerdo simbólico con sus pares. Expresiones como “esto es un juego” o “hagamos de cuenta que...” evidencian su capacidad para crear mundos imaginarios, ejercitar la fantasía y proyectar deseos, temores y emociones. El juego simbólico no solo favorece el desarrollo del pensamiento abstracto, sino que también fortalece la identidad, la expresión emocional y la capacidad de negociación simbólica (Minedu, 2017).

1.4. El juego libre en sectores

En la publicación *La hora del juego libre en los sectores*, el Ministerio de Educación del Perú (Minedu, 2015) señala que el juego libre en sectores se concibe como una estrategia pedagógica que organiza el aula en espacios temáticos, tales como dramatización, construcción, arte y lectura, en los que los niños pueden elegir libremente con qué, cómo y con quién jugar. Este enfoque favorece la autonomía, la exploración activa y el aprendizaje

significativo dentro de un entorno estructurado pero flexible, que responde a los intereses y necesidades del niño.

Asimismo, el Minedu (2017) establece que al menos el 70 % del tiempo escolar en la educación inicial debe destinarse a actividades lúdicas, especialmente al juego libre en sectores y al juego guiado, en espacios adecuadamente organizados y con materiales diversos.

En este sentido, se afirma que:

El juego libre en sectores no es un tiempo de distracción, sino un momento clave del currículo en el que el niño, a través de su elección autónoma y la manipulación de materiales significativos, desarrolla competencias cognitivas, emocionales, sociales y comunicativas. El rol del docente no es dirigir, sino preparar el ambiente, observar y acompañar con respeto el proceso del niño. (Minedu, 2017, p. 56).

La teoría del juego libre en sectores encuentra un sólido sustento en la pedagogía científica de María Montessori (1937), quien planteó que la educación debe partir del respeto por el desarrollo espontáneo del niño. En consecuencia, uno de sus principios fundamentales sostiene que la escuela debe ofrecer un entorno de libertad que posibilite la expresión espontánea, permitiendo que el desarrollo infantil se dé de manera natural, autónoma y respetuosa de los procesos internos de aprendizaje.

Esta concepción resalta que el aprendizaje auténtico no se construye desde la imposición ni la rigidez, sino a partir de un ambiente que reconoce al niño como un ser activo, curioso y naturalmente motivado para explorar, manipular y aprender. En este marco, el juego libre en sectores —entendidos como espacios del aula organizados por áreas temáticas como dramatización, construcción, arte, motricidad o lectura— se convierte en una concreción pedagógica del principio montessoriano. Al permitir que el niño elija libremente la actividad, los materiales y a sus compañeros de juego, se fortalecen la autonomía, la concentración, la autoestima y el sentido del orden.

Montessori (1937) señala que el juego en sectores se fundamenta en dos principios esenciales: en primer lugar, la tendencia espontánea del niño a explorar, manipular y actuar sobre su entorno; y, en segundo lugar, el impulso innato hacia el aprendizaje, favorecido por

la formación de las primeras conexiones neuronales durante los primeros años de vida. En esta etapa, el cerebro infantil presenta una alta receptividad, por lo que cada experiencia lúdica se constituye en una oportunidad para el desarrollo integral.

De igual manera, Piaget (1962) considera que el juego es una forma esencial de asimilación de la realidad, mediante la cual el niño representa su entorno y construye conocimiento a través de la acción. En los sectores, este proceso se manifiesta especialmente en el juego simbólico, cuando el niño utiliza un objeto para representar otro, como al convertir una caja en una casa, evidenciando así el desarrollo del pensamiento representacional.

Asimismo, Vygotsky (1978) sostiene que el juego genera zonas de desarrollo vinculadas a la creatividad infantil, en las cuales el niño actúa por encima de su nivel promedio y despliega potencialidades aún no consolidadas. En el juego libre en sectores, estas zonas se activan cuando los niños negocian roles, establecen reglas, cooperan o resuelven conflictos, lo que contribuye al fortalecimiento de su desarrollo psicosocial.

Por lo expuesto, el juego libre en sectores no constituye un momento aislado dentro de la jornada escolar, sino una estrategia pedagógica fundamental que potencia el desarrollo integral del niño desde una perspectiva activa, significativa y centrada en su experiencia. Al ofrecer espacios organizados en los que el niño puede elegir, explorar y actuar con autonomía, el aula se transforma en un entorno de aprendizaje dinámico, donde el conocimiento, las emociones y las relaciones se construyen de manera natural. En este contexto, el juego trasciende la diversión para convertirse en un medio esencial del desarrollo humano y social.

De este modo, el juego libre en sectores promueve la construcción de aprendizajes significativos, al permitir que los niños aprendan y se vinculen con su entorno, reconozcan y disfruten su realidad. Asimismo, favorece la independencia, la formación del carácter y el fortalecimiento de la autoestima. Todo ello refuerza la idea de que el juego no solo es una actividad placentera, sino también indispensable en el ámbito educativo. Aunque su objetivo principal es la diversión y el disfrute de quienes participan, como herramienta didáctica contribuye al aprendizaje infantil y brinda oportunidades para la afirmación personal y el crecimiento social a través de la interacción con otros niños. Además, cumple una función

integradora y normativa, ya que implica el cumplimiento de reglas, lo que fomenta valores como el respeto y la tolerancia (Ministerio de Educación del Perú, 2017).

En el aula del nivel inicial se disponen diversos sectores o espacios destinados al juego. A continuación, se describen aquellos que promueven específicamente el juego libre.

1.4.1. Sector de construcción

En este sector, el niño construye puentes, carreteras, casas, fuertes, pueblos, castillos, corrales, entre otras creaciones espontáneas. A menudo, estas construcciones se convierten en escenarios que dan continuidad al juego imaginativo, incorporando personajes como muñecos, animales o vehículos. El juego con materiales de construcción favorece el desarrollo del pensamiento y de las competencias matemáticas.

El sector de construcción debe contar con bloques de madera de diversos tamaños, cubos, latas forradas y pintadas, soguillas, cuerdas, tubos de PVC para encajar, tablillas de madera, bloques tipo “Lego”, entre otros materiales. Asimismo, se recomienda que este sector se ubique cerca del sector de escenarios y juegos en miniatura (Minedu, 2015).

1.4.2. Sector hogar

En este espacio, los niños suelen recrear dos ambientes propios de la vida familiar: la cocina o comedor y el dormitorio. Asumen roles como padre, madre e hijos, preparan alimentos, acuestan a los bebés y reproducen conversaciones o situaciones vividas en el entorno familiar.

En ocasiones, incorporan personajes adicionales, como vecinos u otros miembros de la comunidad. El juego en el sector hogar favorece el desarrollo socioemocional, la socialización, la resolución de conflictos y el lenguaje. Este sector debe contar con muñecas tipo bebé, utensilios de cocina y comedor, camitas, mesas pequeñas, telas para cubrir, vestir o envolver, cocinitas y otros accesorios representativos del hogar. Es importante que estos materiales reflejen las características culturales de la zona (Minedu, 2015).

1.4.3. Sector de dramatización

Este sector es aquel en el que los niños desarrollan de manera más intensa la función simbólica. En él asumen diversos roles y dramatizan situaciones, por lo que debe ser un espacio flexible y dinámico, que en distintos momentos pueda transformarse en hogar, tienda, farmacia, peluquería, entre otros escenarios.

El sector o caja temática de dramatización permite el juego de roles, en el que los niños se convierten en pequeños actores que representan distintos personajes, fortaleciendo la función simbólica. Durante estas actividades, el niño activa sus habilidades lingüísticas y refuerza su autoestima, autonomía y habilidades sociales, como la interacción, la negociación y la resolución de conflictos, aspectos fundamentales para su desarrollo socioemocional (Minedu, 2015).

1.4.4. Sector biblioteca

El sector biblioteca es de gran importancia, ya que contribuye al desarrollo de las habilidades comunicativas y constituye una estrategia del Plan Lector. Debe estar ambientado con un mueble —como repisas, anaqueles o libreros— donde se ubiquen diversos textos elaborados por los niños, la docente, las familias, así como libros donados o proporcionados por la institución.

Es recomendable que este espacio incluya papel y crayolas o colores para que los niños puedan dibujar libremente si así lo desean, así como una pizarra pequeña que favorezca la práctica de la escritura emergente. Asimismo, el sector debe estar decorado con letras, palabras escritas y materiales de lectura que estimulen el interés por leer. Los cuentos deben estar siempre disponibles para el uso autónomo de los niños.

Además de los sectores descritos, pueden implementarse otros, como el sector de música —para expresar emociones y sentimientos—, el de experimentos —para descubrir propiedades de objetos y seres vivos mediante la observación y la indagación— y el sector de aseo, que favorece la adquisición de hábitos de orden, higiene y cuidado personal (Minedu, 2015).

1.5. Importancia del juego libre

El juego libre constituye un tiempo y un ambiente de gran relevancia en la educación inicial, ya que permite al niño construir su propio aprendizaje de manera autónoma. A través de esta actividad, los niños desarrollan su imaginación, fortalecen sus habilidades sociales y comunicativas, y experimentan activamente con su entorno, lo que les posibilita resolver problemas, regular sus emociones y establecer relaciones significativas con otros.

El juego libre es una actividad esencial e imprescindible para el desarrollo integral del niño, pues mediante el juego se adquieren y asimilan nuevos conocimientos, habilidades y experiencias. Su importancia radica en que contribuye de manera significativa al desarrollo físico, cognitivo, social y emocional. En este sentido, Carrión (2020) sostiene que el juego libre es un proceso complejo y holístico que involucra todos los aspectos del desarrollo infantil.

Diversos estudios respaldan la importancia del juego libre en la primera infancia. eDocentes (2016) señala que esta práctica potencia el lenguaje oral y la expresión corporal, además de estimular la curiosidad intelectual y el pensamiento crítico desde edades tempranas. Asimismo, destaca que los niños que participan con frecuencia en actividades de juego libre desarrollan con mayor facilidad habilidades socioemocionales fundamentales, como la colaboración, la empatía y la resolución autónoma de conflictos.

De manera concordante, la Unesco (2021) reconoce el juego como una herramienta clave para el logro de aprendizajes significativos, al promover la exploración activa, la creatividad y la construcción del conocimiento a partir de la experiencia. Por su parte, López (2019) enfatiza que el juego libre contribuye a la formación de la identidad personal y al desarrollo de la autonomía, ya que brinda al niño la oportunidad de tomar decisiones, expresar sus intereses y asumir un rol protagónico en su proceso de aprendizaje. Estas evidencias permiten afirmar que el juego libre no es una actividad accesorio, sino un eje estratégico dentro de la educación inicial.

La importancia del juego libre también se sustenta en las principales teorías del aprendizaje. Desde la perspectiva de Piaget (1962), el juego constituye un proceso cognitivo esencial mediante el cual el niño asimila la realidad y construye conocimiento a través del pensamiento simbólico. En esta etapa, jugar implica explorar, representar e interpretar el mundo, favoreciendo la consolidación de estructuras mentales fundamentales.

Asimismo, Monzón (2020) señala que el juego es una actividad esencial en el nivel inicial y una estrategia de enseñanza motivadora y significativa que favorece el desarrollo personal y social. Para que el juego se convierta en un verdadero motor de desarrollo, debe realizarse de manera social, es decir, en interacción con otros niños, lo que permite desarrollar habilidades como la cooperación, el trabajo en equipo y la resolución de conflictos.

Por su parte, Vygotsky (1978) resalta el carácter social y transformador del juego, al considerarlo un espacio privilegiado para el desarrollo de funciones psicológicas superiores. A través del juego simbólico, el niño aprende a autorregular sus emociones y conductas, anticipar consecuencias, asumir roles, negociar con sus pares y desarrollar el lenguaje interior, base del pensamiento reflexivo. Según este autor, el juego crea zonas de desarrollo próximo, en las que el niño actúa por encima de su nivel habitual, desplegando potencialidades aún no consolidadas.

En síntesis, las teorías de Piaget y Vygotsky coinciden en reconocer al juego libre no como un simple entretenimiento, sino como el vehículo natural del aprendizaje infantil, en el cual se integran los aspectos cognitivos, emocionales y sociales. Desde esta perspectiva, el rol del docente trasciende la enseñanza directiva, convirtiéndose en un acompañante sensible que valora, protege y potencia el juego como un derecho y como una forma de conocimiento.

Estas concepciones teóricas se ven reflejadas en el Currículo Nacional de Educación Básica (CNEB), propuesto por el Ministerio de Educación del Perú (2017), el cual reconoce al juego libre como una estrategia pedagógica fundamental en la educación inicial. Desde esta visión curricular, el juego no se limita a un momento recreativo, sino que constituye un derecho y un espacio esencial para el desarrollo psicosocial, emocional y afectivo del niño.

En conjunto, la ejecución del juego libre tiene una gran relevancia en el desarrollo y la educación infantil, ya que en estos espacios autónomos los niños aprenden a reconocer sus intereses, negociar acuerdos, cooperar con sus pares, expresar emociones, tomar decisiones y resolver conflictos de manera progresiva y vivencial. Estas experiencias no solo favorecen su bienestar emocional, sino que también sientan las bases para una convivencia democrática, el respeto mutuo y el ejercicio de derechos en contextos educativos inclusivos.

CAPÍTULO II:

EL DESARROLLO PSICOSOCIAL EN NIÑOS EN LA PRIMERA INFANCIA Y LA INFLUENCIA DEL JUEGO LIBRE

2.1. Definición del desarrollo psicosocial

El desarrollo psicosocial constituye un proceso holístico mediante el cual las personas, desde la primera infancia, construyen su identidad personal, regulan sus emociones, establecen vínculos interpersonales significativos y se integran progresivamente a su contexto social y cultural.

Este proceso supone una interacción constante entre aspectos psicológicos, como los afectivos, cognitivos y conductuales, y elementos sociales, tales como la familia, la escuela y la comunidad, lo que permite al individuo desarrollar habilidades emocionales, empatía, autoestima y un sentido de pertenencia (García y Sánchez, 2021). Por ejemplo, en el ámbito familiar, un vínculo seguro con los padres puede favorecer la confianza básica, mientras que en la escuela las interacciones positivas con los pares contribuyen a la construcción de la empatía al compartir experiencias y resolver conflictos de manera conjunta (Blakemore y Mills, 2022).

Durante la etapa de la primera infancia, el desarrollo psicosocial resulta especialmente vulnerable a las experiencias relacionales iniciales, ya que los lazos afectivos estables y las interacciones respetuosas establecen los cimientos neurológicos y emocionales para la salud mental y la convivencia futura (UNICEF, 2023). Por instancia, un niño que participa en juegos libres bajo la supervisión de un docente sensible puede aprender a regular sus emociones al negociar roles en un contexto lúdico, fortaleciendo así su resiliencia frente al estrés.

Desde una perspectiva neurocientífica, estos vínculos tempranos activan redes cerebrales como la amígdala y la corteza prefrontal, lo que facilita la autorregulación emocional y contribuye a la prevención de trastornos como la ansiedad en etapas posteriores (Blakemore y Mills, 2022).

Por lo tanto, el rol del adulto como “compañero simbólico”, sin intervenir de manera directa, pero ofreciendo presencia y validación, favorece la autonomía infantil y se alinea con enfoques éticos de la educación temprana (González y Martínez, 2022).

Investigaciones pedagógicas destacan que la observación no juzgadora por parte del docente permite identificar necesidades afectivas subyacentes y responder mediante estrategias como la escucha activa, potenciando la autoestima y el sentido de pertenencia (López y Rojas, 2024). Asimismo, la sensibilidad corporal en el acompañamiento docente, a través de abrazos o gestos de contención, refuerza vínculos seguros que sientan las bases para relaciones saludables a lo largo de la vida (Pérez y Díaz, 2023).

Este desarrollo integral no solo favorece el bienestar individual, sino que también contribuye a la conformación de sociedades más cohesionadas, en las que los niños crecen preparados para enfrentar diversos desafíos sociales, como la inclusión en entornos multiculturales o la resolución pacífica de conflictos. Teorías como la de Lev Vygotsky resaltan el juego como mediador de la autorregulación, permitiendo que los niños interioricen normas sociales de manera autónoma (Whitebread, 2021).

La teoría del desarrollo psicosocial de Erikson considera cómo los individuos llegan a comprenderse a sí mismos y a otorgar significado al comportamiento propio y al de los demás (Erikson, 1963). Explica que las personas atraviesan múltiples cambios a lo largo de la vida, pasando por distintas etapas con conflictos específicos que influyen en la comprensión del comportamiento propio y ajeno.

2.2. Importancia del desarrollo psicosocial en la primera infancia

El desarrollo psicosocial en la primera infancia constituye un pilar fundamental para la construcción de la identidad, la regulación emocional, la empatía y la capacidad de establecer relaciones interpersonales saludables a lo largo de la vida (Blakemore y Mills, 2022).

Su desarrollo resulta de suma importancia, ya que durante los primeros seis años de vida el cerebro del niño presenta una plasticidad neuronal excepcional, lo que lo hace altamente receptivo a las experiencias emocionales y sociales iniciales. En esta etapa crucial,

los lazos afectivos estables, las interacciones respetuosas y los ambientes previsibles no solo favorecen el bienestar emocional inmediato, sino que también establecen las bases neurobiológicas para la salud mental a largo plazo (García y Sánchez, 2021).

La teoría del desarrollo psicosocial de Erik Erikson (1902–1994), citada por Bordignon (2005), sostiene que el desarrollo humano a lo largo del ciclo vital está influenciado por factores sociales y culturales. Este desarrollo evoluciona a través de diversas etapas que el individuo transita desde el nacimiento, enfrentando conflictos entre virtudes positivas y negativas. Desde la infancia hasta la adolescencia, la persona experimenta múltiples cambios que generan afectividades psicosociales, facilitando la superación de conflictos ambientales a lo largo del proceso.

La teoría de Piaget (1965), citada por Pérez (2013), señala que la infancia constituye un elemento fundamental en el desarrollo de la inteligencia, ya que los niños aprenden a través de la experiencia, explorando el contexto social que los rodea y construyendo su conocimiento mediante la interacción con el medio y la capacidad de descubrimiento, lo que los convierte en seres capaces de pensar y relacionar su aprendizaje con el entorno.

Macías (2020) afirma que el desarrollo de los niños y niñas es de carácter integral, considerándolos como seres biológicos, psicológicos y sociales, únicos e irrepetibles, que mantienen una relación constante con su crecimiento. De este modo, cuando se presentan alteraciones en el ámbito psicosocial, el infante puede desarrollar dificultades en el plano social, conductual y de aprendizaje, generando inestabilidad en su relación con el entorno que lo rodea.

Diversos estudios sobre el juego libre y el desarrollo del lenguaje han evidenciado una relación positiva entre ambos y los beneficios que aportan a los niños. El juego representa una actividad vital durante la niñez; por ello, la aplicación de sesiones de juego libre y el incremento en los niveles de desarrollo del lenguaje oral constituyen un elemento crucial en el crecimiento infantil y en la adquisición de mejores habilidades sociales. Estos beneficios se extienden al desarrollo del lenguaje oral y se relacionan con mayores capacidades comunicativas y de interacción con los demás (Tucno, 2022).

2.3. Factores que influyen en el desarrollo psicosocial en la primera infancia

El desarrollo psicosocial durante la niñez se centra en la construcción de una confianza básica. Los infantes que reciben un cuidado constante y afectuoso desarrollan una sensación de seguridad, mientras que aquellos que atraviesan experiencias adversas pueden generar desconfianza. El desarrollo psicosocial implica la adquisición de conocimientos y la adaptación a normas, conductas y expectativas sociales, elementos fundamentales para el bienestar integral del niño. Este proceso se encuentra estrechamente vinculado con la relación que el infante establece con su entorno, especialmente con la familia y los amigos. Entre los principales factores que influyen en este desarrollo se encuentran los siguientes.

El hogar: constituye la base para el fortalecimiento de la confianza, la empatía y las habilidades sociales. Según Lodeiro et al. (2012), durante los primeros años de vida el contexto familiar desempeña un papel decisivo en el desarrollo socioemocional, siendo necesario considerar factores individuales que, aunque inicialmente independientes de las influencias relacionales, pueden potenciar o moderar dichos efectos. Esto convierte a los factores familiares e individuales en elementos indispensables para la predicción de problemas de conducta infantil. El hogar representa el espacio primordial y más influyente en el que el niño crece y se forma, ya que las relaciones familiares, las interacciones y las experiencias cotidianas inciden de manera significativa en la construcción de su identidad y en su salud emocional.

Entorno cultural: los valores culturales influyen en la configuración de las expectativas sociales y los roles individuales. Pérez (2023) señala que en la evolución humana interactúan de manera constante factores de naturaleza genética y cultural, fenómeno conocido como coevolución genético-cultural. En virtud de esta interacción, los mecanismos de transmisión genética y cultural se combinan, favoreciendo la adopción y difusión de rasgos con valor adaptativo en distintos ámbitos. La transmisión cultural entre comunidades resulta fundamental para que sus miembros interioricen normas sociales necesarias para la cooperación. Asimismo, las teorías matemáticas basadas en la coevolución genética y cultural sugieren que las variaciones en las conductas prosociales entre grupos humanos se incrementan conforme aumentan los costos asociados a la cooperación, manifestándose dichas

diferencias a medida que los niños aprenden estas normas en sus entornos comunitarios.

Experiencias individuales: los acontecimientos significativos, tanto los logros como las experiencias difíciles, influyen en la forma en que los niños se adaptan y se desarrollan. García (2023) sostiene que la capacidad del cerebro para aprender y adquirir nuevas experiencias permite a los niños comprender el mundo y relacionarse con él, preparándolos para enfrentar situaciones futuras. La capacidad de asombro y sorpresa durante la infancia resulta difícilmente comparable con la de otras etapas de la vida, razón por la cual muchas vivencias infantiles permanecen en la memoria. No obstante, para que una experiencia sea verdaderamente significativa, debe estimular la curiosidad, generar bienestar y entretenimiento, y, si además posee un sentido profundo, puede contribuir a que los niños construyan un significado vital que perdure hasta la adultez.

El desarrollo psicosocial en la infancia depende de múltiples factores que interactúan entre sí en el entorno del niño. Entre los más relevantes se encuentran el establecimiento de vínculos afectivos seguros, el estilo de crianza, los contextos sociales positivos y un acompañamiento pedagógico sensible. Bowlby (1980) destaca que los vínculos de apego seguro con figuras significativas proporcionan al niño una base de seguridad desde la cual puede explorar el mundo y desarrollar confianza en sí mismo. De igual manera, Bronfenbrenner (1979) plantea que los distintos sistemas en los que se inserta el niño — familia, escuela y comunidad— ejercen una influencia directa sobre su bienestar psicosocial. Otro factor clave es el estilo de crianza; Baumrind (1991) afirma que un estilo autoritativo, caracterizado por el afecto, el establecimiento de límites claros y la promoción de la autonomía guiada, favorece una autoestima elevada, una mayor competencia social y una menor presencia de conductas problemáticas.

Los ambientes emocionalmente seguros y enriquecidos con estímulos que facilitan la expresión y validación emocional potencian el desarrollo de habilidades esenciales como la empatía, la autorregulación emocional y la resiliencia. Estos entornos, caracterizados por interacciones positivas y apoyo constante, permiten a los niños explorar sus emociones de manera saludable, promoviendo una comprensión más profunda de los sentimientos propios y ajenos. Por ejemplo, cuando en el hogar o en el aula se valida la tristeza o la alegría de un

niño, se construyen bases sólidas para la empatía, ya que el infante aprende a reconocer y responder a las emociones de los demás.

Asimismo, la autorregulación emocional se fortalece mediante actividades estimulantes que enseñan estrategias de calma, como la respiración profunda o el diálogo reflexivo, ayudando a los niños a manejar el estrés y los impulsos. La resiliencia, por su parte, se desarrolla al enfrentar desafíos moderados en un contexto seguro, lo que los prepara para superar adversidades futuras. Este enfoque se articula con teorías del desarrollo psicosocial, como la propuesta por Erik Erikson, según la cual los ambientes enriquecidos favorecen el desarrollo de virtudes positivas y previenen conflictos emocionales prolongados, contribuyendo a una salud mental sólida durante la infancia y en etapas posteriores de la vida (Van Leer Foundation, 2022).

2.4. Influencia de la familia en el desarrollo psicosocial

Los padres o cuidadores constituyen una parte fundamental del proceso de socialización, ya que en cada interacción con los niños actúan como modelos a imitar y, de manera simultánea, refuerzan o debilitan determinados comportamientos a partir de los estilos de crianza que practican (Guerra et al., 2011).

La naturaleza de las relaciones entre adultos y niños, especialmente con las figuras principales de apego, influye directamente en la construcción de modelos internos relacionados con la autoestima, la confianza y la autorregulación. Cuando los adultos responden de forma constante, cálida y empática a las necesidades emocionales de los niños, se fortalece su sensación de seguridad interna, condición indispensable para explorar el entorno, afrontar desafíos y desarrollar la independencia (UNICEF, 2023).

En contraste, la exposición prolongada a situaciones de estrés tóxico o a entornos emocionalmente inestables puede alterar el desarrollo de redes cerebrales asociadas a la toma de decisiones, la planificación y la regulación del miedo, generando efectos persistentes en el rendimiento escolar y en las interacciones sociales (National Scientific Council on the Developing Child, 2020). Por instancia, un niño que crece en un hogar inestable puede presentar dificultades para concentrarse en las tareas escolares debido a una hiperactivación de la amígdala, lo que incrementa el riesgo de ansiedad o aislamiento durante la adolescencia.

Por ello, la participación de los padres en el desarrollo psicosocial de sus hijos resulta de gran relevancia, ya que son quienes transmiten las primeras experiencias, emociones y sentimientos, además de promover el desarrollo de habilidades y destrezas que los niños y niñas utilizarán a lo largo de su proceso educativo y en la vida adulta. Los padres cumplen un rol primordial en la formación de la personalidad, el temperamento, la autonomía y la autoestima de sus hijos, pues actúan como guías y constituyen la primera red de apoyo frente a situaciones adversas que puedan experimentar (Huepp y Méndez, 2020).

La Corte Interamericana de Derechos Humanos (2014) señala que: “No existe un modelo único de familia, y su definición no debe limitarse a la pareja y los hijos, sino que también debe incluir a otros integrantes de la familia extensa con quienes existan vínculos cercanos, incluso cuando no haya una relación jurídica de parentesco”.

En este sentido, fomentar la comunicación efectiva, la confianza en uno mismo y la empatía contribuye a fortalecer las relaciones interpersonales, promoviendo mayores límites, respeto y valoración de las figuras de autoridad y de las normas sociales. Al facilitar este proceso, se impulsa el desarrollo emocional y de las competencias sociales de manera constructiva, constituyéndose en una fortaleza para afrontar los desafíos de la vida.

Asimismo, la intervención psicosocial debe orientarse de manera específica al acompañamiento del niño, permitiéndole desarrollar un sentido de autonomía, establecer estándares morales, asumir la responsabilidad personal y regular sus emociones de forma progresiva (Tyson, 2020).

2.5. Desarrollo psicosocial a través del juego

El desarrollo psicosocial en la primera infancia se configura como un proceso dinámico e integrador, en el cual las dimensiones emocionales, sociales, cognitivas y corporales se articulan para moldear la identidad del niño, su capacidad de autorregulación y su habilidad para establecer relaciones significativas con los demás (García y Sánchez, 2021).

En este contexto, el juego, especialmente el juego libre y no estructurado, se reconoce como una herramienta esencial para el desarrollo integral del niño y la niña. Este tipo de actividad les permite explorar roles sociales, negociar normas compartidas, expresar emociones de manera espontánea y resolver conflictos dentro de un entorno seguro y

significativo, fortaleciendo habilidades como la empatía, la cooperación y la resolución de problemas (Pellegrini, 2020).

Por ejemplo, en el desarrollo de juegos de roles imaginarios, un niño puede asumir el papel de un cuidador y practicar la empatía al responder a las necesidades simuladas de otros; del mismo modo, ante situaciones de conflicto, como disputas por juguetes, aprende a negociar y a regular sus emociones.

Este enfoque no solo favorece el desarrollo motor y cognitivo, sino que también prepara al niño para afrontar desafíos sociales en etapas posteriores, en consonancia con teorías del aprendizaje social como la de Lev Vygotsky, quien concibe el juego como un mediador del desarrollo psicosocial. Asimismo, los entornos que promueven el juego libre contribuyen al fortalecimiento de la resiliencia emocional, ya que permiten procesar experiencias estresantes o traumáticas de forma lúdica, reduciendo la probabilidad de problemas como la ansiedad o el aislamiento social en la adultez (Pellegrini, 2020).

El aporte de las teorías cognitivas significó un cambio relevante en la comprensión del juego, al orientar la investigación hacia el desarrollo de los procesos de pensamiento y del desarrollo intelectual infantil. La teoría del desarrollo de Piaget (1962) sostiene que los niños atraviesan distintas etapas en sus procesos cognitivos y que los tipos de juego en los que participan reflejan su nivel de desarrollo. Desde esta perspectiva, el juego cumple la función de consolidar y practicar los conceptos y habilidades recientemente adquiridos, preparando al niño para la siguiente etapa de aprendizaje.

Por su parte, Vygotsky (1978) también reconoció múltiples funciones del juego en el desarrollo cognitivo, aunque se diferenció de Piaget al afirmar que, cuando los niños juegan antes de que ciertas conductas se manifiesten en la vida real, revelan habilidades potenciales aún no consolidadas. A través de la creación de su propio andamiaje, los niños desarrollan capacidades como el autocontrol, la cooperación, la memoria, el lenguaje y la alfabetización, utilizando el habla privada para dirigir, regular y estructurar sus interacciones durante el juego (Bodrova y Leong, 1996).

Desde una perspectiva neuroeducativa, el juego estimula redes cerebrales como la corteza prefrontal, asociada a la regulación emocional, la empatía y la toma de decisiones, funciones ejecutivas esenciales para el establecimiento de vínculos saludables y la adaptación al entorno escolar (Blakemore y Mills, 2022).

En la etapa de la educación inicial, comprendida entre los 0 y 6 años, el juego simbólico y el juego social favorecen la internalización de normas sociales, la comprensión de diferentes puntos de vista y el fortalecimiento de la autoestima, componentes clave del desarrollo psicosocial (Ramírez y López, 2023).

Por ejemplo, cuando los niños participan en juegos de roles imaginarios, se activan áreas cerebrales como la corteza prefrontal, lo que contribuye al control emocional y a la comprensión de las intenciones de los demás, facilitando la resolución de conflictos en el aula. Asimismo, el juego social, como compartir materiales o colaborar en actividades grupales, promueve la cooperación y disminuye el aislamiento, fortaleciendo la resiliencia emocional.

Este enfoque no solo beneficia el desarrollo cognitivo, sino que también prepara a los niños para afrontar desafíos sociales en la adolescencia y la adultez, en concordancia con la teoría de Lev Vygotsky, quien destacó el juego como mediador del aprendizaje y del crecimiento psicosocial. Investigaciones neurocientíficas respaldan que los entornos ricos en oportunidades de juego libre mejoran la conectividad cerebral y contribuyen a prevenir dificultades como la ansiedad o los problemas en las relaciones interpersonales.

Por lo tanto, el juego en la educación inicial no debe concebirse únicamente como una actividad recreativa o de entretenimiento, sino como una herramienta pedagógica fundamental para promover el desarrollo psicosocial infantil. Esta concepción se articula con los principios de la Convención sobre los Derechos del Niño (Organización de las Naciones Unidas [ONU], 1989), que reconoce el derecho de los niños a participar en juegos y actividades recreativas como parte esencial de su desarrollo integral, así como con los enfoques contemporáneos de la educación inclusiva que priorizan el desarrollo neurológico infantil.

2.6. Rol del docente en el desarrollo psicosocial a través del juego libre

El rol del docente es fundamental para promover el desarrollo socioemocional de los niños. Un enfoque de acompañamiento respetuoso, basado en la escucha activa y la validación emocional, permite que el niño se sienta valorado y comprendido, lo que incide directamente en su capacidad para desarrollar habilidades socioemocionales sólidas.

Este tipo de interacción docente no solo fortalece la confianza del niño en sí mismo, sino que también facilita la construcción de relaciones positivas con sus pares y con los adultos, contribuyendo al desarrollo de la resiliencia emocional y a la prevención de problemas conductuales en etapas posteriores. Al incorporar prácticas como la escucha empática y el reconocimiento de emociones, los educadores actúan como modelos que orientan el crecimiento integral del niño, en concordancia con teorías del desarrollo como la de Erik Erikson, que destacan la importancia del apoyo temprano en la resolución de conflictos psicosociales para el fortalecimiento de virtudes positivas (Denham y Bassett, 2023).

En la educación inicial, el docente no cumple el rol de un líder directivo, sino el de un guía sensible y observador intencional que crea las condiciones necesarias para que el juego libre se desarrolle de manera auténtica, segura y significativa. Este papel trasciende la simple supervisión, ya que implica la creación de entornos ricos en estímulos, el respeto por los ritmos naturales de los niños y el ofrecimiento de apoyo emocional durante sus experiencias lúdicas (UNICEF, 2023).

Desde esta perspectiva, el adulto asume el rol de un “compañero simbólico” que, sin intervenir en la dinámica interna del juego, brinda presencia, estabilidad emocional y validación, favoreciendo la autonomía infantil (González y Martínez, 2022).

Por ejemplo, en un aula donde los niños participan en un juego de construcción con bloques, el docente puede preparar diversos materiales para estimular la creatividad, observar atentamente cómo negocian turnos y ofrecer refuerzos verbales positivos, como reconocer el trabajo en equipo, fortaleciendo así la autoestima. Esta presencia no invasiva promueve la autonomía, permitiendo que los niños resuelvan conflictos por sí mismos, lo que contribuye al desarrollo de habilidades como la resolución de problemas y la empatía.

Asimismo, el respeto por los tiempos infantiles evita presiones innecesarias, disminuye el estrés y favorece un bienestar emocional sostenido (González y Martínez, 2022).

El juego libre, al ser dirigido por los propios niños, facilita la expresión espontánea de emociones, la negociación de roles sociales, la resolución de conflictos y la creación de normas compartidas. En este contexto, el docente impulsa el desarrollo psicosocial no mediante la imposición de reglas rígidas, sino a través del modelado de conductas como la empatía, la autorregulación emocional y la escucha activa, reforzando la autoestima y el sentido de pertenencia infantil (Whitebread, 2021).

Además, la capacidad del docente para observar sin emitir juicios —una práctica ética y epistemológica esencial— le permite identificar necesidades emocionales y sociales subyacentes en las interacciones lúdicas y responder mediante intervenciones pedagógicas pertinentes y personalizadas (López y Rojas, 2024). Por ejemplo, ante un conflicto durante el juego libre, el docente puede verbalizar emociones para modelar la empatía, favoreciendo la autorregulación y la resolución pacífica de desacuerdos.

Esta observación no juzgadora también facilita la detección de señales de aislamiento o ansiedad en niños más introvertidos, permitiendo la implementación de estrategias como juegos grupales inclusivos que fortalezcan el sentido de pertenencia. Desde una perspectiva ética, esta práctica respeta la autonomía infantil y se alinea con los principios de la educación humanista; desde una perspectiva epistemológica, enriquece el conocimiento pedagógico al integrar observaciones cualitativas con intervenciones basadas en evidencia (López y Rojas, 2024). Asimismo, este enfoque contribuye a la prevención de problemáticas psicosociales a largo plazo, como la baja autoestima o las dificultades en las relaciones interpersonales, preparando a los niños para desenvolverse en contextos sociales diversos dentro y fuera del ámbito escolar (López y Rojas, 2024).

Es fundamental reconocer el valor del juego libre y evitar imponer las expectativas adultas. El docente debe propiciar entornos que fomenten el juego activo, el interés, la autonomía y la creatividad, permitiendo el desarrollo de habilidades, actitudes y destrezas en los niños (Santiago y Fonseca, 2016, como se citó en Rico y Ponce, 2021). Asimismo, debe evitar intervenir innecesariamente en el juego, favoreciendo que los niños exploren y resuelvan situaciones por sí mismos (Minedu, 2021).

Por ejemplo, cuando el docente organiza un espacio con diversos materiales reutilizables y permite que los niños creen libremente sus juegos, su presencia atenta y discreta brinda seguridad sin limitar la iniciativa infantil. De este modo, se favorece la exploración autónoma y la experimentación significativa.

Además, el docente debe establecer una comunicación efectiva con los niños, observarlos con atención y reconocer la satisfacción emocional que experimentan durante el juego, ofreciendo apoyo sin interrumpir la espontaneidad del momento. Así, los niños perciben seguridad y respaldo mientras exploran su entorno (Reladei, 2018).

Del mismo modo, la intervención docente resulta relevante cuando acompaña al niño como un facilitador o “cómplice” del juego, mostrándose disponible, cercano y respetuoso. El docente actúa como mediador y modelo, teniendo siempre presente que el protagonista del juego es el niño (Paulo, 2004). En este sentido, el juego se reconoce como una actividad necesaria y beneficiosa para promover el desarrollo integral infantil.

En síntesis, para favorecer el desarrollo de la autonomía en los niños del nivel inicial, el juego constituye un medio esencial que permite el fortalecimiento de habilidades cognitivas, sociales y emocionales mediante la exploración, la toma de decisiones y la resolución de problemas. Para lograr una autonomía saludable, el adulto debe proporcionar un entorno seguro y organizado que posibilite el libre movimiento y el acceso a diversos materiales, interviniendo únicamente cuando sea necesario para orientar y apoyar sin limitar la iniciativa infantil. Este acompañamiento fortalece la confianza y la autoestima, sentando las bases para un desarrollo equilibrado e integral que prepare a los niños para actuar con independencia, seguridad y afrontar los desafíos futuros.

CONCLUSIONES

1. La importancia del juego libre en la educación inicial radica en su carácter formativo e integral, pues no solo cumple una función recreativa, sino también actúa como un medio esencial para el aprendizaje social y emocional. En ese sentido, el juego libre crea oportunidades para que los niños ensayen roles sociales, desarrollen habilidades de cooperación y regulen su conducta dentro de un entorno seguro y significativo.
2. El juego libre favorece de manera significativa el desarrollo psicosocial en niños del nivel inicial, ya que les permite expresar emociones, tomar decisiones, resolver conflictos y establecer relaciones sociales de forma espontánea. A través del juego, los niños fortalecen su autoestima, su autonomía y su iniciativa, aspectos fundamentales para la construcción de una identidad personal positiva durante la primera infancia.
3. El desarrollo de las habilidades psicosociales en la primera infancia constituye la base del bienestar emocional y social futuro, pues habilidades como la empatía, la comunicación, la autorregulación emocional y la convivencia se consolidan principalmente en los primeros años de vida. En este sentido, el juego libre se presenta como una experiencia clave para el fortalecimiento de dichas competencias, al permitir interacciones auténticas y aprendizajes vivenciales.
4. Es indispensable revalorar y promover el juego libre desde las políticas educativas, la práctica docente y el rol de las familias, reconociendo que se trata de un derecho fundamental del niño y un pilar del desarrollo psicosocial. Su adecuada implementación contribuirá a formar niños emocionalmente equilibrados, socialmente competentes y preparados para enfrentar los retos de su entorno.
5. En conclusión, el juego libre constituye un eje fundamental para el desarrollo psicosocial de niños en el nivel inicial, ya que favorece de manera integral la construcción de su identidad, la autonomía, la autorregulación emocional y las habilidades sociales necesarias para una convivencia saludable. A través del juego libre, los niños exploran su entorno, expresan emociones, establecen vínculos y enfrentan desafíos de forma espontánea, lo que contribuye significativamente a su bienestar emocional y social desde los primeros años de vida.

REFERENCIAS

- Aucouturier, B. (2004). *Los fantasmas de acción y la práctica psicomotriz*. Graó.
- Blakemore, S., & Mills, K. (2022). Neuroscience of social development in childhood and adolescence. *Annual Review of Developmental Psychology*, 4, 123–145. <https://doi.org/10.1146/annurev-devpsych-121321-010112>
- Carrión, A. (2020). El juego y su importancia cultural en el aprendizaje de los niños en educación inicial. *Revista Ciencia e Investigación*, 5(2), 132–149. <https://doi.org/10.5281/zenodo.3820949>
- Crawford, G. (2012). *Video Gamers*. Routledge.
- Denham, S., y Bassett, H. (2023). Emotional competence in early childhood. *Journal of Early Childhood Education*, 45(2), 123–145.
- Figuerola, V., Montes, A., y Rodríguez, A. (2020). Evaluación de programas de formación en TIC: debates y enfoques prevalentes en la investigación educativa. *Saber, Ciencia y Libertad*, 15(1), 225–239. <https://doi.org/10.18041/2382-3240/saber.2020v15n1.6312>
- Galindo-Domínguez, H., Perines, H., Verde-Trabada, A., y Valero-Esteban, J. (2022). Entendiendo la brecha pedagógica entre la investigación educativa y la realidad del profesorado: un análisis de las barreras y propuestas. *Educación XXI*, 25(2), 173–200. <https://doi.org/10.5944/educxx1.29877>
- García, M., y Sánchez, J. (2021). Desarrollo psicosocial en la primera infancia: bases para una educación emocional temprana. *Revista Iberoamericana de Educación*, 86(2), 45–60. <https://doi.org/10.35362/rie8624560>
- Gaviria, J. (2014). El papel de la investigación académica sobre la mejora de las políticas y de las prácticas educativas. *Participación Educativa. Revista del Consejo Escolar del Estado*, 3(5), 43–50. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4949849>
- Gómez, S., y Rodríguez, J. (2020). Las competencias instrumentales en los futuros maestros de Educación Primaria: Autopercepción y satisfacción con la formación recibida en estudiantes de la UCM. *Profesorado*, 24(3), 309–333. <https://doi.org/10.30827/PROFESORADO.V24I3.8158>
- González, E., Duarte, M., y Cruz, C. (2021). La formación científica del licenciado en educación preescolar. *Revista Varela*, 58, 53–59. <http://revistavarela.uclv.edu.cu/index.php/rv/article/view/107/246>

- González, M., y Martínez, R. (2022). El rol del adulto en el juego libre: de la observación a la intervención ética en la primera infancia. *Revista Latinoamericana de Educación Inicial*, 15(2), 89–104. <https://doi.org/10.46502/issn.2223-7605/2022.15.2.6>
- Ministerio de Educación. (2020). *Guía para el acompañamiento pedagógico en la educación inicial*. https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/123456/Guia_Acompanamiento_Pedagogico_2023_VF.pdf
- López, A., y Rojas, C. (2024). Observación pedagógica y desarrollo psicosocial: una mirada desde la empatía crítica en contextos de educación temprana. *Educación y Sociedad*, 45(1), 112–129. <https://doi.org/10.1590/ES.2024.45.1.112>
- López, M. (2019). *El juego libre como estrategia pedagógica en educación inicial*. UNMSM.
- López, P. (2022). La importancia del juego libre en el desarrollo emocional y social de los niños en la Educación Inicial. *Revista Ciencia Innovadora*, 2(1), 1–15. <https://revistacienciainnovadora.com/index.php/home/article/view/21>
- eDocentes. (2015). *La importancia del juego libre en el desarrollo infantil*. <https://edocentes.com/importancia-juego-libre-en-el-desarrollo-infantil/>
- Ministerio de Educación. (2015). *La hora del juego libre en los sectores. Guía para educadores de servicios educativos de niños y niñas menores de 6 años*. Navarrete.
- Ministerio de Educación. (2017). Currículo Nacional de la Educación Básica. <https://www.minedu.gob.pe/curriculo/pdf/curriculo-nacional-de-la-educacion-basica.pdf>
- Montessori, M. (2012). *La mente absorbente del niño*. Editorial Diana.
- Monzón, E. (2020). *El juego y su importancia en el desarrollo psicológico del niño* [trabajo de fin de grado, Universidad de la República]. https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/28653/1/juego_version_final_corregida.pdf
- National Scientific Council on the Developing Child. (2020). *The science of early childhood development*. Center on the Developing Child at Harvard University. <https://developingchild.harvard.edu/resources/the-science-of-early-childhood-development/>
- Organización de las Naciones Unidas. (1989). *Convención sobre los Derechos del Niño*. <https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/convention-on-the-rights-of-the-child>

- Organización Mundial de la Educación Preescolar. (2021). *Juego y aprendizaje en la primera infancia*. <https://omewpworld.org/es/informe-mundial-sobre-la-atencion-y-educacion-de-la-primera-infancia/>
- Pellegrini, A. (2020). The role of play in children's social and emotional development. *Early Childhood Research Quarterly*, 50, 1–8. <https://doi.org/10.1016/j.ecresq.2019.08.002>
- Pérez, L., y Díaz, F. (2023). Sensibilidad corporal y vínculo seguro: fundamentos del acompañamiento docente en la primera infancia. *Psicología desde el Caribe*, 40(1), 45–62. <https://doi.org/10.14482/psdc.40.1.45.62>
- Piaget, J. (1962). *Play, Dreams and Imitation in Childhood*. Norton.
- Pikler, E. (1984). *Moverse en libertad: Desarrollo de la motricidad global*. Editorial Pikler.
- Ramírez, L., y López, E. (2023). El juego simbólico como mediador del desarrollo psicosocial en niños de 3 a 5 años. *Psicología Educativa*, 29(1), 77–89. <https://doi.org/10.5093/psed2022a12>
- Rico, M., y Ponce, A. (2021). El docente del siglo XX: Perspectivas según el rol formativo y profesional. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 27(92), 77-101. <https://www.redalyc.org/journal/140/14070424004/>
- Tucno, A. (2022). *Juegos libres y las habilidades comunicativas en niños de la institución educativa privada "Niñito Jesús de Praga - Daycare", Ayacucho - 2022* [tesis de licenciatura, Universidad Católica Los Ángeles de Chimbote]. <https://repositorio.uladech.edu.pe/handle/20.500.13032/27808>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2021). *El aprendizaje a través del juego: una visión global*. <https://unesdoc.unesco.org>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2020). *La importancia del juego en el desarrollo infantil*. <https://www.unicef.org>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2021). *Estado mundial de la infancia 2021*. <https://www.unicef.es/publicacion/estado-mundial-de-la-infancia/2021>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2023). *The power of play: A global review of the benefits of play for children's development and well-being*. <https://www.unicef.org/reports/power-of-play-2023>
- Vygotsky, L. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Harvard University Press.
- Whitebread, D. (2021). Play and self-regulation: Lessons from Vygotsky. *European Early Childhood Education Research Journal*, 29(5), 637–651. <https://doi.org/10.1080/1350293X.2021.1960401>